

CONVENTO DE SAN FRANCISCO
FUNDACIONES RELIGIOSAS DEL S. XIII HASTA 1835

IFNI Y SÁHARA
IGLESIAS Y CAPILLAS

LOS CAROCHOS
CULTURA AGRARIA

Dossier Fotográfico

EGIPTO

EL REINO DE LOS FARAONES

MARTINETE DE NAVAFRÍA
FUNDICIÓN DE COBRE DEL SIGLO XIX

CARPINTERÍA DE ARMAR EN EL OCCIDENTE DE LEÓN
VALCABADO DEL PÁRAMO

PIEDRAS CON MEMORIA
VALLE DE CÔA Y SIEGA VERDE

EXCAVACIÓN EN URUEÑA
MONASTERIO BENEDICTINO DE EL BUESO

LÁZARO DE CASTRO Y MIGUEL DE UNAMUNO
LA MIRADA ENTRAÑABLE
Y LA VISIÓN DOLOROSA

Los Carochos y la cultura agraria

Isaac Macho | Licenciado en Ciencias de la Información, rama periodismo |
laculaga@gmail.com

Los rituales de invierno son restos de ceremonias de las sociedades agrarias y ganaderas de inspiración griega y romana. Conservan el espíritu original aunque han desaparecido los contextos en los que surgieron. El buril del tiempo los ha ajustado a cada época. Los Carochos de Riofrío de Aliste (Zamora) es una de esas antiguas fiestas que tiene en la simbología sus rasgos diferenciadores: la fertilidad, el rito de paso de jóvenes a adultos, los valores sociales de la comunidad y, sobre todo, el cambio de ciclo agrario. Once personajes, un patrimonio al servicio de la cultura de un pueblo.

Palabras clave: Ritual de inversión, fiesta religiosa, la tierra "se mueve", el largo viaje de las aves, patrimonio mágico.



Los dos diablos cruzan el río Frío en Riofrío de Aliste (Zamora). Fotografía Ángel Antón.

Mascaradas como Los Carochos, que se celebran cada 1 de enero en Riofrío de Aliste (Zamora), originariamente, eran manifestaciones de carácter lúdico y sagrado protagonizadas por los individuos de las sociedades agrarias y ganaderas que creían en los antiguos dioses. Estaban relacionadas con la transgresión que se llevaba a cabo mediante rituales de inversión autorizados: el mundo al revés, alteración de los roles sociales y desafío a la autoridad en determinadas fechas. Estas fiestas, herencia de las primitivas bacanales del mundo griego y romano, han llegado hasta nuestros días tras sufrir sucesivas transformaciones, como ocurre en las distintas celebraciones del llamado ciclo de los 12 días, de Navidad a Reyes, que tienen lugar en la provincia de Zamora y en otras muchas localidades europeas. Algunas de ellas estaban inspiradas en las *Saturnalia*, en honor a Saturno, dios de la agricultura; las *Kalendaelanuariae*, en honor a Jano, dios de los comienzos; las *Compitalia*, fiesta de los cruces de caminos; las *Lupercalia* que propiciaban la salud y la fertilidad de los animales, así como las *Matronalia* que favorecían la fecundidad de las mujeres.



Pelea entre los diablos y El Gitano y El Molacillo, el bien y el mal, en el Sagrao. Fotografía Isaac Macho.





El Diablo Grande ofrece chorizo a los vecinos del pueblo en agradecimiento a la participación activa en la mascarada. Fotografía Ángel Antón.

El germen de estas tradiciones hay que buscarlo, en eso coinciden los especialistas, en la religión pero no en creencias como las conocemos en la actualidad. En aquellas sociedades primitivas los paganos no diferenciaban fiestas religiosas o profanas ya que no existía división alguna al respecto. Esa separación llegaría con la victoria del cristianismo entre la Edad Antigua y la Edad Media (siglos III al VIII). La festividad en aquella época se consagraba a los dioses a través de un rito o sacrificio ante el riesgo, siempre cercano, de que se rompiera la paz con la divinidad. Cualquier contratempo de enfermedades, catástrofes naturales, epidemias del ganado, derrotas militares o ruptura del ritmo del trabajo agrario podía considerarse como un «cabreo» de los dioses.

En buena lógica, los ritos actuales han evolucionado a lo largo de los siglos. Y en esa larga sucesión de acontecimientos hasta la Iglesia católica intentó controlarlos e, incluso, prohibirlos. No logró eliminarlos pese a que los obispos y vicarios exhortaban a alcaldes y curas de los pueblos que impidieran «los desórdenes escandalosos», «graves inconvenientes contra las buenas costumbres» y «muchos perjuicios a las conciencias de los fieles» llevados a cabo por los mozos que se disfrazaban con máscaras o túnicas blancas... El mando eclesiástico amenazaba con correctivos tales como la excomunión o una multa de dos ducados de vellón a los infractores de esas «diversiones» contra la autoridad y el orden establecido. Pero ni por esas. La explicación la ofrece Juan Francisco Blanco González en el libro *Los Carochos, rito y tradición en Aliste* (2004) quien nos remite a la manera de pensar de los primitivos agricultores y ganaderos, siglos atrás. Para los habitantes del campo, señala el autor, «era prioritaria la supervivencia y ella dependía en gran medida de la naturaleza, del clima de los ciclos vegetales y animales, que en alguna medida dependían de los dioses, o esa creían ellos. El hecho religioso era insoslayable, revístase con el ropaje de la religión o de la magia, la superstición o la implacable realidad científica». Y como la Iglesia no pudo anular estas extravagantes y controvertidas manifestaciones profanas lo que hizo fue unirse a ellas introduciendo algunos personajes en las propias mascaradas.

Blanco González, explica además, que «en una sociedad rural arcaica los ciclos naturales se sucedían como hoy, pero el conocimiento que de ellos tenían los hombres sencillos estaba impregnado de temores, la menor alteración de esos ciclos se atribuía a desajustes en su mundo, producidos por fuerzas impredecibles: los demo-



Los dos personajes principales de Los Carochos salen a la calle envueltos en humo el día 1 de enero.
Fotografía Isaac Macho.

nios, las fuerzas telúricas, los fenómenos naturales, fenómenos estos que se escapaban a su control».

Los individuos de las sociedades agrarias y ganaderas, desde miles de años atrás, creían a pies juntillas en «esas fuerzas externas» como grandes benefactores para sus cosechas. Por ello, si conseguían su objetivo a través de rituales con personajes enmascarados que luchaban para dilucidar el bien del mal -con el triunfo de aquel- tenían el apoyo incondicional de todos de sus congéneres. Cualquiera que se opusiera a alterar ese estatus se exponía, por tanto, a la incomprensión general y a todo tipo de hostilidades.

Las fiestas del solsticio de invierno, auspiciadas por las mismas autoridades como forma de cohesión social, se celebran en una etapa en la que la naturaleza se encuentra aletargada, aparentemente dormida, instante en que «el campesino necesita avivar el fuego de la vida». Aquí retomamos, otra vez, el trabajo de Juan Francisco Blanco. «La tierra está muerta, los árboles desprovistos de sus hojas, muchos animales se aletargan huyendo de un medio hostil, el hombre se siente huérfano y ha de romper la maraña tejida por las siniestras fuerzas que le amenazan, o así lo creen en las viejas culturas. Los héroes luchan contra los demonios y los vencen, los representantes del bien excitan el germen de la vida con golpes vivificantes, arrojan elementos de vida a los miembros de la comunidad y eso ha de producir inexorablemente el retorno al estado normal de las cosas».

El nacimiento temporal de la tradición Los Carochos se pierde entre los secretos de la historia del mundo rural, siempre discreta en los templos de archivos y bibliotecas. Sin duda, un extenso periodo de tiempo que sirvió para adaptar esa peripecia fantástica e indocumentada a la idiosincrasia de los habitantes de la comunidad de Riofrío de Aliste, en Zamora.

Está aceptado por los estudiosos de estos provocadores rituales hiemales que estas celebraciones que representan a extrañas criaturas ajenas al común de los mortales son un fenómeno tan antiguo como el ser humano. Tan remoto e inseparable de la imaginería religiosa de los pueblos, y especialmente, de las sociedades rurales donde hombres y mujeres del campo, según la opinión de Juan Francisco Blanco, no tenían grandes dilemas y prácticamente se aferraban a la realidad utilizando estas manifestaciones para «plasmear sus inquietudes, sus preocupaciones y sus necesidades».



Los dos diablos cruzan el río Frío (Zamora). Fotografía Ángel Antón.

Atravesar el río: cambio de ciclo agrario

Cuando los dos diablos, principales protagonistas de Los Carochos, cruzan el río siempre hemos querido entender que nos están indicando, en primer lugar, que abandonamos el año viejo y entramos en el nuevo. Que cerramos con candado los doce meses vividos y nos adentramos en una nueva etapa con las páginas en blanco. La potente imagen de los dos siniestros personajes atravesando el cauce fluvial del río Frío nos deja otros mensajes en el buzón: la lucha del bien y el mal, de la muerte y la vida, el cambio de ciclo agrario. Y es aquí donde nos vamos a detener. La tierra empieza a mover sus entrañas para avivar los cultivos. La savia inaugura su desplazamiento a través de los vasos de las plantas para producir alimento. También los animales y las aves se muestran inquietos ante las nuevas sensaciones que les trae la tímida luz del invierno y el cuerpo de un campo que vibra agradecido ante el suave meneo de sus convulsiones internas.

Día a día, nos empezamos a alejar de las tinieblas, del caos, de la noche más larga para encarar otro periodo de mayor claridad y transparencias. El solsticio de invierno va despojándose fatigosamente de su manto gris, abatido, para vitorear a otro príncipe joven y risueño. Al otro lado del río, enfrente, esperan ya los nuevos dioses con los brazos abiertos. La novia ha dicho sí a la pregunta de si quieres casarte conmigo y la muerte se ahoga irremediabilmente en la orilla que queda a la espalda. Suenan las campanas en la pequeña iglesia de la localidad y el territorio recibe con bullicio a multitud de visitantes que se preparan para el ensayo general de la fecundación.

El ingeniero agrónomo Alfonso Ballesteros, profesor durante muchos años en el Instituto Nevares de Empresarios Agrarios, más conocido como INEA, considera que el aumento lento pero inexorable de las horas de luz provoca en la naturaleza diferentes escenarios que hacen despertar a los poros de la campiña y que algunos intérpretes de Los Carochos destapan en sus mensajes cifrados.

Aunque «por san Nicanor (10 de enero), el día avanza a paso de ratón», la batalla por ganar horas al sol progresa lenta pero decidida según todas las audiencias. La temida niebla inicia su despedida del centro peninsular hasta el punto de que el refranero ya se encarga de advertirlo: «Por san Antón (17 de enero) la niebla no llega a las dos». Es más, en esa nueva etapa que se abre ante agricultores y ganaderos, el corral es uno de los primeros termómetros que indica la bonanza de estas fechas. Pese a tratarse de un periodo seco, frío, helador y de cielos limpios, los proverbios se prodigan en consejos: «Por san Antón toda ave pon»; «en enero, cástate compañero y da vuelta al gallinero». Incluso los aforismos de la sabiduría popular advierten que en esta austera coyuntura los animales salvajes agudizan el hambre y provocan embestidas al ganado: «en el mes de enero, lobos siete a siete en el carrero».

Con ser enero un mes lánguido e inexpresivo porque le aprieta inmisericorde la rasca, si las temperaturas fueran más altas de lo habitual, la tierra se alfombraría de verde antes de lo previsto y esta explosión de vida anticipada traería consigo plagas y malas hierbas que repercutirían muy negativamente en los próximos cultivos. De la mano del profesor Ballesteros, aquí también echamos mano de las sentencias populares para medir y entender la situación de equilibrio natural que nos ofrece el juicio de los dichos: «En enero súbete al otero, si vieras terraquear ponte a cantar, pero si vieras verdeguear ponte a llorar».

Los intérpretes de la obisparra de Riofrío de Aliste conocen bien, por propia experiencia, que las semillas de trigo, centeno, cebada así como las leguminosas forrajeas que se siembran en el oeste de Castilla y León en los primeros meses del otoño germinan al abrigo de la tierra caliente de la sementera. Semanas después, sin embargo, detienen su crecimiento ateridas por el frío y mudan su camisa verde por el amarillo-rojizo.

El reino de las plantas, desnudas hasta ahora ante los oscuros cielos e inexpresivos suelos, tampoco quiere perderse el nuevo concierto al que está convocado de inmediato en el medio natural. Muchas de ellas ya espabilan y se desperezan. Es el caso de la conocida como «la llave del año» (*Helleborus foetidus*) y numerosas especies de ranúnculos, *crocus* (azafrán) y aro (*arumsp*), entre otras. Con las suaves caricias del sol y una incipiente calefacción ambiental la naturaleza comienza se estrena y exhibe más lozana.



Bandadas de ánsares comunes regresan al atardecer a la laguna de La Nava (Palencia). Fotografía Tino García Cayón.

Las aves migran, las osas paren, los lobos aúllan

Aunque, año tras año, el cambio climático tiende a modificar los hábitos de las rutas migratorias de las aves, ya que llueve menos y suben las temperaturas, el mes de enero abre el calendario anual del éxodo trashumante de aves en el área de Castilla y León, cierto que no en exclusiva.

Tras pasar los meses de invernada en África (Mauritania, Senegal, Gambia, Guinea-Bissau), el reloj biológico de las aves va alertando a miles de ellas que ha llegado la hora de emprender el largo viaje hacia los cuarteles de cría. Ese misterioso programa genético les indica cuándo es el instante de partida, el tiempo que durará la ruta migratoria -será larga- y la dirección que tomarán hasta conseguir los puntos geográficos concretos donde establecerán su juego prenupcial y posterior reproducción.

Nada más abrirse las puertas del nuevo año, el panorama de las aves acuáticas en los humedales cambia por completo, según el ornitólogo de la Sociedad Española de Ornitología (SEO/BirdLife), Blas Molina. Si durante los meses de octubre y noviembre las grullas, una de las especies más emblemáticas de los inviernos en el centro del país, emprendían la migración desde el centro y norte de Europa hacia el sur en busca de dehesas y humedales que les proporcionasen alimento de semillas e invertebrados, ahora toman, de nuevo, el camino de vuelta. Su estancia en estos grandes espacios abiertos toca a su fin antes de terminar el mes de enero, donde las primeras ya perciben que hay que preparar el camino de vuelta. Será el largo viaje del regreso primaveral a sus lugares de origen. Y junto a las grullas, poco a poco seguirán idéntico rumbo los gansos, otra de las grandes poblaciones de aves acuáticas que invernan en los «mares» de Castilla y León. Adelantándose a la primavera, vuelven a sus lugares de partida en Escandinavia y Alemania.

Entorno al 15 de enero, la organización Wetlands Internacional, dedicada a la conservación y restauración de humedales, promueve todos los años el censo de aves acuáticas para conocer su población en toda Europa y España, indica Molina. Este recuento que puso en marcha SEO/BirdLife desde sus orígenes en 1954, es una tradición entre los ornitólogos y corresponde con el momento de mayor concentración de



Escena típica de primeros de año, un pastor vigila su ganado mientras ánsares comunes comen también en la pradera. Fotografía Onésimo Alonso

aves en los ecosistemas húmedos. A partir de ese instante, coincidiendo con la paulatina ampliación de las horas de sol, las aves van abandonando estas manchas de agua para componer los nidos y criar sus pollos en el centro y norte de Europa.

Para el naturalista Tino García Cayón, otra de las poblaciones que primero acometen el regreso tras la invernada son las limícolas, grupo de aves que viven en contacto con el limo o lodo y que en Castilla y León disponen de grandes espacios para sus características específicas. Se trata de humedales (Villafáfila, La Nava, Boada), embalses, charcas, aguas estancadas, lagunas y otras láminas de agua que reciben a miles de correlimos, zarapitos, andarríos, chorlitos, alcaravanes o avefrías, entre otros muchos ejemplares.

También se incorporan al fenómeno de la migración, con algo más de retraso, los pájaros paseriformes, de pequeño tamaño. Agrupan prácticamente a la mitad de las especies de aves del mundo y utilizan estas grandes pistas aéreas para dirigirse a sus campamentos de cría. Este sería el caso de mosquiteros, bisbitas, pinzones, escribanos y otras especies de mayor tamaño como el milano real, el esmerejón o la cigüeña blanca. Pero, ¿cómo se orientan estas aves sin conexiones vía satélite o pendientes de sistemas GPS? El milagro se explica fácilmente pese a su complejidad: disponen de un instinto posicional muy sofisticado para sobrevivir ante situaciones adversas.

García Cayón destaca la compleja encrucijada especialmente desfavorable que tienen que superar todos los miembros de estas diminutas aves, en particular el mosquitero común, una especie de apenas 10 centímetros de envergadura y un peso medio de 8 gramos. Hay que tener en cuenta que la travesía puede prolongarse hasta dos meses en un itinerario lleno de obstáculos, entre ellos, el desierto del Sáhara o el Estrecho de Gibraltar.

También es necesario reflejar aquí que las aves sedentarias (verderón, jilguero, verdicillo, etc.), permanecen todo el año en el mismo lugar o solo realizan desplazamientos de pequeña entidad al encontrarse adaptadas a su hábitat ya que disponen de comida y de una temperatura adecuadas. En opinión del especialista Blas Molina, poseen una variada y rica gama de cantos que avisan prematuramente, desde la copa



Milano real surcando los cielos castellanos después de una larga travesía desde África. Fotografía Onésimo Alonso

de los árboles, de la próxima primavera, al tiempo que marcan su propio territorio. Es el caso del carbonero común que, avanzado el invierno, marca con el canto su redil de cría.

En este cambio de ciclo animal y vegetal que llega con el incremento de luz natural, y que presagian algunos personajes de la obisparra de Riofrío de Aliste, incluiremos igualmente a los mirlos acuáticos que inician el año con el cortejo nupcial. A esta carrera del despertar de la naturaleza se suman también los pájaros carpinteros –pito real, pico picapinos, pico mediano- que lanzan su enérgica campaña pre-primaveral con su original manera de tamborilear (su particular forma de picar sobre cepos con cierta caja de resonancia) cincelando los árboles con su afilado pico. Este preciso trabajo de perforación, sin esfuerzo aparente, persigue tres objetivos: buscar comida, preparar sus nidos y hacer sonar los tambores para darse publicidad y marcar su territorio, como tantas veces sucede entre el universo de las aves y otros animales. ¿Quién no recuerda, a nada que haya vivido en un pueblo o lo haya frecuentado con cierta regularidad, los tac-tac-tac del pico carpintero martilleando madera y su obstinada obsesión por taladrar un tronco?

El reino animal también obsequia a los amantes de la fauna con ejemplos de la mudanza que experimentan ciertas especies con el lento crecimiento de los días a partir de Navidad. «Por santa Lucía crece el día la pata de la gallina, por los Reyes lo notan los bueyes y por san Vicente lo nota la gente», da cuenta el aforismo. En un adelanto de la primavera, las osas alumbran a los oseznos en el refugio invernal de la osera en el mes de enero. Y si eso ocurre con estos mamíferos omnívoros, ¿qué decir del lobo, otra de las leyendas de la fauna salvaje? Con la llegada del nuevo año, los sobrecogedores aullidos del *Canis lupus signatus*, en luna llena, marcan el territorio y, al mismo tiempo, anuncian la llegada de la época de celo que se prolongará por espacio de varias semanas.

Todos estos gestos de los actores de la tierra son señales inequívocas del despertar de la naturaleza que los dos diablos de la mascarada de Los Carochos anuncian al abrirse el calendario de cada año en un lenguaje enigmático pero no por ello menos elocuente. Agricultores, ganaderos, seguidores del ámbito animal y etnógrafos tienen aquí ovillo para tirar del hilo de un patrimonio mágico que lleva escrito miles de años en la memoria de los habitantes de las sociedades paganas.

Bibliografía:

BLANCO GONZÁLEZ, JF. 2004: *Los Carochos. Rito y tradición en Aliste*. Editorial Semuret. Zamora.



El mosquitero común, una de las aves más pequeñas del grupo de las passeriformes. Fotografía Tino García Cayón.